

Luz en mi Camino

Introducción a la Lectura Orante de la Biblia

Padre Christian Díaz Yepes

Luz en mi camino. Introducción a la Lectura Orante de la Biblia.
Padre Christian Díaz Yepes
Caracas, 2012.

Nihil obstat: Padre Hermes Moreno.
Imprimatur: Cardenal Jorge Urosa Savino, Arzobispo de Caracas.

Las citas bíblicas son tomadas de: “Biblia Clerus”,
de la Congregación Vaticana para el Clero.

“Tu Palabra es lámpara para mis pasos, luz en mi camino” (Salmo 118, 105)

Te encuentras con un ejemplar de las Sagradas Escrituras. Quizá lo tienes sobre tus manos, paseas tu mirada por algunas de sus páginas. Tantas veces te ha causado estupor y santo temor, también perplejidad y ansia por penetrar en lo que allí se revela. ¡Cuánta luz, consuelo, fuerza y renovación han causado estas palabras en tantas personas a través de los siglos! ¡Cuánta verdad allí contenida, esperando que también tú te acerques a conocerla!

Pero ¿Cómo dejar que estas palabras renueven el camino de tu vida y te muestren la verdad? ¿No será acaso demasiado difícil adentrarse en su misterio, algo sólo de iniciados y eruditos?

Son las preguntas que muchos se hacen. Tantos se detienen antes de comenzar y se marchan desconsolados.

No debe ser así para ti. Dios ha comunicado su Palabra para acompañar nuestra vida con su sabiduría, que se ofrece gratuitamente a quien está dispuesto a recibirla. Ciertamente también hace falta un esfuerzo de tu parte. Pero ¿acaso no vale la pena un sano esfuerzo por alcanzar lo que nos ofrece una vida en plenitud? Tendría que nacer en nosotros el anhelo de Chiara Lubich, una gran figura espiritual de nuestro tiempo, y con ella llegar a decir:

“El anhelo de mi vida es vivir siempre la Palabra, ser la Palabra, la Palabra de Dios. La amo tanto que desearía llegar al punto en el cual, si me preguntaran: ‘¿quién eres tú?’, pudiera responder: Palabra de Dios”. (1)

A través de la experiencia espiritual que te propongo en estas páginas trataremos de alcanzar también nosotros este ideal.

I

Una experiencia reveladora

Hace un tiempo tuve la gracia de acompañar a mi querido amigo Jose en su preparación para un viaje espiritual. Él se disponía a recorrer el Camino de Santiago, caminando cientos de kilómetros al norte de España hasta la tumba del Apóstol en Santiago de Compostela. Juntos examinamos algunos mapas, los albergues en donde pernoctaría y compramos algunos implementos para su excursión. Se iba solo, apartándose de sus ocupaciones habituales, de su familia y sus proyectos para encontrarse consigo mismo y con Dios.

- ¿Con Dios? - Le pregunté- ¿Y cómo piensas hacerlo?

Era mucho lo que ofrecía la posibilidad de unos días en soledad, acompañado de día por la exuberancia de la naturaleza y los monumentos culturales, guiado en la noche por la ruta de las estrellas, tras los pasos de tantos que han seguido al Apóstol en su recorrido milenario. ¿Faltaría algo más?

- Lleva esto contigo – le dije. Y le entregué un ejemplar de los Evangelios – Será el pan de tu Camino.

Al instante comprobé su alegría, pero a la vez su estupor. En sus ojos percibí la misma expectativa con la que horas antes escrutaba los mapas del recorrido que emprendería, cargado de ilusiones y preguntas ante ese horizonte que le ofrecería tantas respuestas.

- ¿Cómo comienzo? – Me preguntó. Y así se abrió ante nosotros una divina aventura...

Jose y yo tuvimos que despedirnos, pero antes le prometí que le escribiría una pequeña guía de iniciación para su lectura del Evangelio. Sería como una bitácora que guiaría sus pasos espirituales durante su marcha. Así surgieron las primeras líneas de este texto que ahora te ofrezco también a ti, seguro de que te puede ayudar en mucho para tu propio camino hacia Dios.

La ocasión que tenía Jose de recorrer el Camino de Santiago a la luz de la Palabra Divina me pareció la más bella metáfora de lo que es la vida cristiana. Por eso estoy seguro de que también tú puedes hacer una experiencia semejante, mientras avanzas en el camino de tu propia vida que debe alcanzar la eternidad. Dios nos pone en camino día a día, cargados de expectativas y buenos deseos, hacia un horizonte que se nos revela lleno de sentido y de absoluto. Confiados en ese impulso secreto que Él mismo nos da, nos disponemos a avanzar en su conquista, venciendo escollos y fatigas. *“El día que comencé la caminata –recuerda Jose- me sentí tan desamparado... tan indefenso, ante la inmensa tarea que tenía por delante... tan vulnerable... que realmente me asusté... ahí empezó realmente mi camino interior... y lo primero que hice fue darme cuenta de la necesidad apremiante que tenía de ordenarme por dentro, para empezar a ser más coherente por fuera. Ése día descubrí el Nuevo Testamento....”*

Porque Dios también quiere acompañarnos a través de su enseñanza. Por eso nos ofrece una luz certera para nuestros pasos: Su Palabra. *“Caminamos como los que no saben a dónde ir y tenemos en nuestras manos –basta querer- el código de la vida, de cada vida, que es el Evangelio”*, recuerda Chiara Lubich (2). Así ha ocurrido inicialmente con Israel, el primer pueblo que Dios se escogió para conducirlo hacia Él. Cuando lo liberó de la esclavitud y lo puso en marcha hacia una tierra de promisión, Él fue alimentando sus cuerpos con el maná, a la vez que alimentaba sus esperanzas con la revelación de su Palabra. A través de ella le fue mostrando su amor cercano y fiel, mientras hacía que el pueblo descubriera su propia identidad y destino. Así se formaron los primeros libros de la Biblia –la Torá judía o el Pentateuco cristiano- que han permanecido como la luz de la zarza que arde sin consumirse a través de las generaciones.

Pero aún hay más: En el nuevo testamento la Carta a los Hebreos nos muestra el punto final de este movimiento del amor de Dios:

“Después de haber hablado Dios antiguamente a nuestros padres por medio de los Profetas, en muchas ocasiones y de diversas maneras, ahora, en este tiempo final, nos habló por medio de su Hijo, a quien constituyó heredero de todas las cosas y por quien hizo el mundo. El es el resplandor de su gloria y la impronta de su ser. El sostiene el universo con su Palabra poderosa” (Heb 1, 1-3).

Cuando Cristo vino al mundo se nos mostró en plenitud la Palabra de Dios. Él es el Verbo Divino que nos habla con lenguaje humano para hacerse cercano a nosotros. Con signos de vida y ejemplos cotidianos nos ha enseñado las verdades eternas para que nadie quede sin posibilidad de conocerlas. Sus discípulos y primeros seguidores se han encargado de transmitir estas enseñanzas, respondiendo a las grandes inquietudes de las primeras comunidades cristianas y de los hombres y mujeres de todos los tiempos. La Palabra ha sido comunicada por Dios desde experiencias humanas muy concretas, que también hoy se hacen vida en quien la acoge con generosidad. Cristo mismo ha prometido: *“El que me ama será fiel a mi palabra, y mi Padre lo amará; iremos a él y habitaremos en él”* (Jn 14, 23). Nosotros hoy somos invitados a ser quienes respondan con fidelidad a la Palabra de Dios. Con el apóstol Pedro, le decimos a Cristo. *“Señor, a quién iremos, si sólo tú tienes palabras de vida eterna? (Jn 6, 68).*

II

Un camino tan antiguo y tan nuevo

La Palabra también es para ti. Ha sido pronunciada sobre cada uno de nosotros para darnos la vida en abundancia (Jn 10, 10). Está a la espera de ser conocida y no se compara con ninguna palabra humana. Por eso comentaba santa Teresita del Niño Jesús: *“A veces, cuando leo ciertos tratados espirituales..., mi pobre espíritu se fatiga muy pronto, cierro el docto libro que me quiebra la cabeza y me deseca el corazón y tomo en mis manos la Sagrada Escritura. Entonces todo me parece luminoso, una sola palabra abre a mi alma horizontes infinitos, la perfección me parece fácil”* .

También tú puedes hacer ahora esta experiencia. Te propongo que lo hagas a través de la práctica de una de las formas de oración con mayor riqueza en la espiritualidad cristiana: la *Lectio Divina*, según su nombre clásico, o “Lectura orante de la Biblia”, como se le llama en nuestros días.

Pero ¿Qué es la Lectio Divina?

Es una tradición espiritual tan antigua y tan actual como la misma Iglesia de Cristo, que consiste en la lectura orante de su Palabra de manera personal o comunitaria. A través de los tiempos esta práctica se ha enriquecido con la experiencia de los hombres y mujeres orantes, hasta configurarse un cierto “método” que podemos hoy poner en práctica para también nosotros enriquecer nuestra espiritualidad.

¿Será esto muy difícil?

No. Orar con la Palabra de Dios es sencillo y está al alcance de todos. Aunque requiere dedicación y amor por la enseñanza divina, no implica dificultad. De hecho, una de las experiencias más gratificantes que me ha tocado vivir es la de acompañar a niños en la práctica de la *Lectio Divina*. Desde la sencillez y pureza de su corazón alcanzan experiencias que muchos adultos quisiéramos tener. Es necesario que aprendamos de ellos a acercarnos con confianza e interés a la Palabra de Dios.

¿Cómo puedo vivir esta experiencia?

Ninguna meta se alcanza enseguida. Cuando se preparaba a recorrer el Camino de Santiago dedicó el tiempo y la atención necesaria para preparar su recorrido. Se lo tomó en serio, postergó otras preocupaciones que parecían ser más importantes, supo documentarse, asesorarse con algunos que ya conocían la experiencia y también se ejercitó físicamente. Para recorrer el camino de revelación que nos ofrece la Sagrada Escritura, también nosotros tenemos que tomárnoslo en serio, tenemos que aprender a postergar otras inquietudes, tenemos que dejarnos instruir en unos pasos muy concretos y también ejercitarnos día a día a través de un amor perseverante. La meta que perseguimos no tiene comparación: Entraremos en una relación viva, continua, con aquella Palabra poderosa por la cual ha sido creado todo cuanto existe y que sostiene nuestra existencia.

¿Todo esto me anima, pero aún no sé en qué consiste la Lectio Divina?

La *Lectio Divina* es una manera de orar desde la lectura de la Biblia. A través de ella buscamos relacionarnos con la Escritura movidos por el mismo Espíritu Santo que la ha inspirado. Por eso es lectura orante, ya que su objetivo último es relacionarse personalmente con Dios. Dice el gran san Justino, uno de los primeros Padres de la Iglesia que ayudó a miles y miles de cristianos a acercarse a la Biblia durante siglos: “Cuando meditamos, hablamos con lo más profundo de nosotros; cuando oramos, le hablamos nosotros a Dios; cuando leemos las Escrituras, es Dios quien nos habla a nosotros”.

¿Quién inventó la Lectio Divina?

No hay un inventor humano de la *Lectio Divina*. Es una manera de orar que se fue desarrollando desde el seno mismo de la composición de la Biblia y ha pasado a través de los tiempos hasta llegar a nosotros. Si hay que buscarle un Autor, deberíamos decir que ha sido el Espíritu Santo, pues él ha inspirado la Escritura y nos da luz a todos los que queremos acercarnos a ella con reverencia y amor.

¿En la Biblia hay ejemplos de Lectio Divina?

La Biblia está cargada de ejemplos de lectura orante de la misma Escritura. Los profetas y los sabios fueron especialistas en profundizar en los designios de Dios contenidos en ella para iluminar la vida del pueblo. Pero es Jesús quien revela definitivamente el modo de relacionarse con la Escritura desde una actitud contemplativa y esclarecedora. Por ejemplo, en el pasaje del encuentro con los discípulos de Emaús, que se encuentra en el capítulo 24 del evangelio de Lucas, se nos muestra cómo Jesús fue repasando toda la Escritura para sus discípulos hasta hacerles entender lo que acontecía en el misterio de sí mismo. Así les enseña a leer la Escritura teniéndolo a Él como clave de interpretación. Ante ellos revela su gloria y les dispone para ir a comunicar a muchos más la Buena Nueva de la Resurrección que habían descubierto al dialogar íntimamente con Jesús.

Esta práctica fue continuada luego por los Apóstoles, quienes en su predicación volvieron una y otra vez sobre los textos del Antiguo Testamento para iluminarlos desde lo acontecido en Cristo. Así surge el Nuevo Testamento, como resultado de la lectura meditativa que hicieron los cristianos del Antiguo Testamento y el recuerdo de lo que vieron realizar y decir al mismo Cristo. Ellos aprendieron a relacionar sus propias problemáticas con estos mensajes y vivencias, a la luz del Espíritu Santo que iluminaba sus reflexiones y les hacía mantenerse en la presencia de Cristo resucitado. Ejemplos de esto los encontramos en el libro de los Hechos de los Apóstoles y en las Cartas de san Pablo. Allí se muestra la clara conciencia que tenían los cristianos de que *“todo cuanto fue escrito en el pasado, se escribió para enseñanza nuestra, para que con la paciencia y el consuelo que dan las Escrituras mantengamos la esperanza”* (Rom 15,4).

¿Entonces los primeros cristianos también practicaron la *Lectio Divina*?

Los primeros cristianos se acercaron a la Sagrada Escritura con actitud orante para encontrar en ella luz para la propia vida. Aunque no practicaron la *Lectio Divina* según el método que se desarrollaría con los siglos, podemos decir que la lectura que hacían de la Escritura ya contenía en germen lo que se iría manifestando en la Iglesia.

Así, por ejemplo, podemos notar que la celebración de la Eucaristía se desarrolló desde una lectura orante de la Palabra de Dios. Siempre se comenzaba haciendo lectura de algunos textos del Antiguo Testamento y de los Apóstoles para luego seguir con el recuento de algunas tradiciones sobre lo que había hecho y dicho Jesús, las cuales tomaron la forma de los evangelios que actualmente conocemos. Esta lectura sería el equivalente a la primera parte conocida como *Lectio* (Lectura). Luego los textos eran actualizados según las necesidades y preocupaciones de la comunidad, lo cual sería el equivalente a la segunda parte o *Meditatio* (Meditación). Seguían las oraciones que los fieles elevaban a Dios por las necesidades personales y de la comunidad, que representaría el tercer paso conocido como *Oratio* (Oración). Finalmente se elevaba la común alabanza a Dios en la oración eucarística, que hacía entrar a los fieles en el misterio divino. Esta última parte puede compararse al nivel de la *Contemplatio* (Contemplación), en el cual desemboca el método de la *Lectio Divina* (Ver: CIC, n. 2711). A estos cuatro pasos les continuaba en la celebración de las primeras comunidades un necesario encuentro fraterno conocido como ágape en griego o *collatio* en latín, que se expresa en el compartir como hermanos las bendiciones recibidas en la oración común. Cada uno de estos niveles disponía para un necesario actuar en consecuencia en la vida de cada día, lo cual equivale al nivel del *Actio* o acción a la cual nos conduce la *Lectio Divina*.

¿Qué dijeron los Santos Padres sobre la *Lectio Divina*?

Los Padres de la Iglesia fueron los grandes maestros de la fe en los primeros siglos del cristianismo. En su doctrina podemos encontrar preciosas enseñanzas sobre la lectura orante de la Biblia. Los primeros

monjes que se retiraban al desierto para vivir una vida de oración en lo oculto solían tomar una frase de la Escritura para ir repitiéndola por largos ratos, a fin de que esa palabra penetrara en lo más profundo de sí mismos. Como no existían aún otras prácticas religiosas, estos hombres y mujeres solían vivir acompañados sólo de la Palabra de Dios, la cual iban meditando continuamente. Desde allí extraían diversas enseñanzas y consecuencias prácticas, que se esforzaban por actualizar en la propia vida.

Fue el sabio Orígenes quien acuñó por primera vez el término *Lectio Divina* en una carta del año 238 para indicarle a un discípulo cómo se tendría que preparar para evangelizar:

“Dedicaos a la lectio de las divinas Escrituras; aplicaos con perseverancia. Empeñaos en la lectio con la intención de creer y agradar a Dios (...) Aplicándote de este modo a la lectio divina, busca con lealtad y confianza inquebrantable en Dios el sentido de las divinas Escrituras, que en ellas se esconde con gran profundidad”. (Carta a Gregorio, 4. Citada en: Verbum Domini, 86)

Aunque ya Orígenes propone el término *Lectio Divina* y enunció sus bases, aún no se había articulado completamente como un “método” de oración. Éste se irá desarrollando con la experiencia de los cristianos a través de los tiempos. Desde la experiencia de los primeros monjes entre los siglos II y IV llegaremos hasta Juan Casiano, fundador de monasterios y escritor eclesiástico, que en el siglo V recomendaba:

“Esfuézate por aplicarte asiduamente, más aún, constantemente, a la lectio divina, e insiste en ella hasta que esta continua meditación no haya impregnado tu alma y no la haya plasmando en cierto modo a su imagen” (Conferencias, XIV, 10).

Posteriormente, en el siglo VI, san Benito dispone en su Regla que la ocupación principal de los monjes habrá de ser la oración con las Sagradas Escrituras. Su discípulo Gregorio Magno, “el Papa monje”, desarrollará una interpretación espiritual de los textos insistiendo en la práctica de la “ruminatio” (“rumiar”), que es la repetición orante de una palabra o frase del texto bíblico, al estilo de los primeros monjes del desierto. Así

se institucionaliza en Occidente la práctica de la *Lectio Divina* en los monasterios, en donde será cultivada y conservada hasta nuestros días.

¿Y cómo se desarrolló finalmente el método de la Lectio Divina?

Durante la edad media los monjes y religiosos continuaron practicando la lectura orante de las Escrituras, pero fue en el año 1150 cuando un monje de la cartuja llamado Guigo II describió en una carta los cuatro pasos de la *Lectio Divina*. Él explicaba que la oración de los monjes debía ascender como en una escalera a través de los escalones de la lectura, la meditación, la oración y finalmente la contemplación para alcanzar a Dios. Comentando las palabras de Jesús en Mateo 7,7: “*buscad y encontraréis, llamad y se os responderá*”, Guigo II acuñó una famosa sentencia:

“Buscarás leyendo, encontrarás meditando, llamarás orando y Dios te contestará contemplando”.

Aunque Guigo II habla de pasos y peldaños que componen la *Lectio Divina*, igualmente dejó claro que ellos se interrelacionan continuamente: *“La lectura sin la meditación es árida -afirma- la meditación sin la lectura está sujeta al error; la oración sin la meditación es tibia; la meditación sin la oración carece de frutos; la oración cuando es ferviente gana la contemplación, pero lograr la contemplación sin oración sería no sólo raro sino incluso milagroso”.*

La sencilla obra de este cartujo impactaría mucho a monjes y laicos de su tiempo, pues por fin se sistematizaba el recorrido espiritual que podía hacerse desde la lectura orante de los textos sagrados.

¿Por qué durante mucho tiempo no se hablaba ni se enseñaba sobre la Lectio Divina?

A finales de la edad media la *Lectio Divina* cayó en desuso por parte de muchos fieles y de la misma teología en la Iglesia Católica. La teología empezó a desarrollar métodos especulativos que dieron origen al método científico que hoy conocemos, en tanto que la piedad de varias escuelas espirituales se concentraría en subrayar la importancia de la meditación de

verdades fundamentales de la fe y en su aplicación práctica. Esto supuso un aporte muy valioso al progreso de la sociedad, ya que se promovió una mentalidad crítica que permitió el desarrollo de las ciencias y acentuó el compromiso de los fieles con las realidades concretas de la vida. Pero lamentablemente esto supuso un cierto abandono del trato frecuente con las Escrituras. Sin embargo, la práctica de la *Lectio Divina* se mantendría viva en los monasterios, que conservarían viva su tradición hasta nuestros días.

¿Por qué hoy se insiste tanto en que los cristianos practiquemos la Lectio Divina?

Porque es un signo de nuestros tiempos. El mundo de hoy, tan saturado de palabras vacías e infecundas, tiene la necesidad urgente de redescubrir esa Palabra fundamental que nunca pasa y llena de vida a todo el que se acerca a ella. Por eso la Iglesia, que sabe “sacar de su tesoro cosas nuevas y cosas antiguas” (Mt 13, 52), propone hoy la *Lectio Divina* como una práctica que puede ayudar a muchas personas a desarrollar una relación viva y llena de frutos con la Palabra de Dios. De allí que la renovación de la Iglesia que impulsó el Concilio Vaticano II prestara especial importancia a la lectura orante de la Escritura. Así nos dice en su constitución “*Dei Verbum*” (n. 8):

“Esta tradición apostólica va creciendo en la Iglesia con la ayuda del Espíritu Santo; es decir, crece la comprensión de las palabras e instituciones transmitidas cuando los fieles las contemplan y estudian repasándolas en su corazón (cf. Lc 2,19.51) ... La Iglesia camina a través de los siglos hacia la plenitud de la verdad, hasta que se cumplan en ella plenamente las palabras de Dios”.

El Vaticano II de nuevo puso de manifiesto la centralidad de la Palabra de Dios. A partir de allí se redescubrió el valor de la *Lectio Divina* y su método se ha ido adaptando según las exigencias pastorales y de las comunidades que la practican. Haciendo esta experiencia también nosotros podremos renovar nuestra vida desde la Palabra Divina. Será un camino que recorreremos de la mano de la Iglesia de nuestros días y bebiendo de su sabia tradición.

¿Qué han dicho los Papas y los Obispos sobre la Lectio Divina?

Los Pontificados más recientes de Juan Pablo II y Benedicto XVI han impulsado un redescubrimiento de la *Lectio Divina* en la Iglesia. Se debe a ellos, en gran parte, el creciente interés que hoy muchos católicos manifiestan hacia este modo de oración con la Sagrada Escritura.

Juan Pablo II ha dicho:

“Es necesario, en particular, que la escucha de la Palabra se convierta en un encuentro vital, en la antigua y siempre válida tradición de la lectio divina, que permite encontrar en el texto bíblico la palabra viva que interpela, orienta y modela la existencia” (Carta Apostólica Novo Millennio ineunte, 39).

Por su parte, Benedicto XVI ha hablado en muchas ocasiones sobre la *Lectio Divina*. Al inicio de su Pontificado ha enseñado lo siguiente:

“Si se promueve la lectio divina con eficacia, estoy convencido de que producirá una nueva primavera espiritual en la Iglesia... La lectura asidua de la Sagrada Escritura acompañada por la oración permite ese íntimo diálogo en el que, a través de la lectura, se escucha a Dios que habla, y a través de la oración, se le responde con una confiada apertura del corazón... No hay que olvidar nunca que la Palabra de Dios es lámpara para nuestros pasos y luz en nuestro camino” (16 septiembre de 2005).

También los Obispos latinoamericanos reunidos en la Conferencia General de Aparecida han propuesto la *Lectio Divina* como un método de oración que tiene mucho para ofrecer a la renovación espiritual de nuestro continente. Ellos han dicho:

“Entre las muchas formas de acercarse a la Sagrada Escritura, hay una privilegiada a la que todos estamos invitados: la Lectio Divina o ejercicio de lectura orante de la Sagrada Escritura. ... Con sus cuatro momentos (lectura-meditación-oración-contemplación), la lectura orante favorece el encuentro personal con Jesucristo al modo de tantos personajes del evangelio: Nicodemo y su ansia de vida eterna (cf. Jn 3,1-21), la Samaritana y su anhelo de culto verdadero (cf. Jn 4,1-42), el ciego de nacimiento y su deseo de luz interior (cf. Jn 9), Zaqueo y sus ganas de ser diferente (cf. Lc 19,1-10)... Todos ellos, gracias a este encuentro, fueron iluminados y recreados porque se abrieron a la experiencia de la misericordia del Padre que se ofrece por su Palabra de verdad y de vida” (Aparecida, 249).

Como podemos ver, la *Lectio Divina* es hoy un camino abierto por el Espíritu Santo para conducir a la Iglesia a un redescubrimiento personal y vivo con la Palabra de Dios. Cristo nos llama hoy a ser un pueblo vivificado por su Palabra, una Iglesia que se deja interpelar continuamente por ella y la actualiza en las situaciones concretas de su historia. Queda en nuestras manos responder con entusiasmo a esta oportunidad que se abre en nuestros tiempos.

III

Las claves del recorrido

Los peregrinos de Santiago son guiados en la noche por la marcha de las estrellas y de día encuentran también otras señales que les orientan en su camino: Pequeños carteles con la concha de vieira, signo del peregrino, la amabilidad de los lugareños y los cruzeiros, que son crucifijos que se encuentran en las intersecciones de los caminos para orientar la ruta hacia Santiago. También nosotros necesitamos algunas claves para hacer un recorrido adecuado del camino espiritual que supone la *Lectio Divina*. Estas señales nos ayudan a mantener un buen recorrido, sin desviar la ruta ni desanimarnos. Aquí te propongo cinco claves que nos ayudarán en este objetivo:

1. La *Lectio Divina* es obra del Espíritu Santo: Sólo podemos relacionarnos adecuadamente con la Sagrada Escritura bajo la iluminación del mismo Espíritu que la ha inspirado. Dice el Concilio Vaticano II: “*La Sagrada Escritura hay que leerla e interpretarla con el mismo Espíritu con que se escribió para sacar el sentido exacto de los textos sagrados*” (Const. Dei Verbum, 12). Debemos estar consientes de que no es nuestro esfuerzo personal el que nos asegura el buen curso de la *Lectio Divina*. La acción de Dios tiene la precedencia. Jesús mismo nos ha prometido que “*el Espíritu Santo defensor, que el Padre les enviará en mi nombre, les va a enseñar todas las cosas y les va a recordar todas mis palabras*” (Jn 14,26). La acción del Espíritu de Dios en nosotros nos capacita para hacer una buena *Lectio Divina*. Él nos da la luz para que la Palabra haga mella en nuestro interior, nos inquiete y despierte el interés por conocerla en profundidad. Él nos hace gustar el texto y no pasar de largo con indiferencia. Viene en nuestra ayuda para que desde el texto sepamos “*pedir al Padre lo que nos conviene*” (Rom 8, 26s). Finalmente nos hace entrar en el ámbito divino de

la contemplación del misterio de Dios. Por eso es importante que durante la *Lectio Divina* una y otra vez nos pongamos bajo la acción del Espíritu Santo, haciendo el vacío de nosotros mismos, callando nuestras voces internas, relativizando nuestros propios criterios y pareceres en función de la verdad que se nos revela. Conviene comenzar cada *Lectio* elevando una invocación al Espíritu Santo a través de una oración, la repetición de jaculatorias o un canto.

2. La Sagrada Escritura es una unidad: Así como las teselas de un mosaico muestran su belleza y su sentido en relación con el conjunto, cada Palabra de la Escritura se relaciona y se explica desde el conjunto global de la Biblia. Esto nos previene contra el peligro del fundamentalismo bíblico, que distorsiona el sentido de los textos haciendo una lectura parcial e incompleta. El fundamentalismo separa el texto del momento histórico en que fue inspirado. Suprime la conciencia crítica y distorsiona el sentido de la Biblia. Así, por ejemplo, un fundamentalista podría tomar una línea aislada de la Biblia y encontrar la expresión “*Dios no existe...*”, y saldría a repetir que la Biblia dice eso, olvidando que en la línea siguiente se completa: “*...eso es lo que piensa el insensato*” (Sal 52, 2). Si mutilamos el texto bíblico podemos hacer que exprese ideas totalmente contrarias a la auténtica Revelación. Por eso debemos comprender la pedagogía divina que le subyace y la gradualidad de las enseñanzas que ella transmite.

La Revelación de Dios en la Escritura fue aconteciendo a través de diversas etapas y procesos. Los textos del Antiguo Testamento hallan su clarificación definitiva en el Nuevo, y muchas veces son apenas sombras o figuras de lo que acontecería luego. Por ejemplo, la Ley del Talión –“*Ojo por ojo, diente por diente*” (Ex 21, 23)- es superada por Cristo en el Sermón de la montaña: “*Habéis oído que se dijo: Ojo por ojo y diente por diente. Pues yo os digo: no resistáis al mal; antes bien, al que te abofetee en la mejilla derecha ofrécele también la otra*” (Mt 5, 38). En las Cartas de los Apóstoles en el Nuevo Testamento encontramos la aplicación concreta y fiable de las enseñanzas divinas según el modo en que los cristianos debemos vivirlas.

Así que cuando practicamos la *Lectio Divina* siempre debemos leer los textos en relación con su conjunto global. Por eso es de gran ayuda leer una edición católica de la Biblia, pues generalmente contiene los llamados “paralelos” -las citas que aparecen al margen de los textos bíblicos para

remitirnos a otro pasaje relacionado- la introducción a cada uno de los libros y los comentarios a pie de página, que son tan favorables para la mejor comprensión del texto.

3. Cristo es la “clave de interpretación” de toda la Escritura: Nos dice la Carta a los Hebreos (1,1): *“Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo”*. Toda la Sagrada Escritura tiene como centro a Cristo. El Antiguo Testamento lo anuncia y el Nuevo lo proclama. De Él hablaron Moisés y los profetas; hacia Él tienden las oraciones de los Salmos y desde Su persona se comprende todo lo que en la historia sagrada aparece bajo forma de imágenes. Así lo comprendieron los Santos Padres en su lectura de la Biblia, quienes llegaron a definir esta concentración cristológica en una significativa fórmula: *“La Palabra se ha abreviado”*. El Verbo eterno, que se había manifestado en los preceptos y las profecías antiguas, se ha hecho pequeño, “tan pequeño como para estar en un pesebre”, dice el Papa Benedicto. Hugo de San Víctor, uno de los grandes teólogos de la Edad Media, expresó: *“Toda la divina Escritura es un solo libro y este libro es Cristo, porque toda la Escritura habla de Cristo y se cumple en Cristo”* (4). Siempre que nos acercamos a un texto para hacer *Lectio Divina* debemos tener como clave la figura y las enseñanzas de Cristo para poder interpretarlo correctamente. La Revelación en la Escritura se ha dado desde una gradualidad y desde una pedagogía divina que alcanza su culminación en Jesucristo. No es lo mismo algo que Dios le haya pedido a uno de los Patriarcas Antiguos en preparación a la Alianza definitiva, que un mandato que Cristo dé a sus Apóstoles para cumplir esta Alianza. Sólo Él es el auténtico intérprete de la Escritura, y cada uno de los textos que la componen se ordena a su misterio. Cuando leemos un texto del Antiguo Testamento debemos tener presente qué dice Cristo sobre el tema que allí se trata y cómo lo han asumido sus seguidores. Nos dice la *Verbum Domini*, un importante Documento de la Iglesia actual referido a la Palabra de Dios: *“Así se entiende por qué ‘no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, una persona que da un nuevo sentido a la vida y con ella una orientación decisiva’ ”* (n. 11). En la *Lectio Divina* debemos estar siempre atentos a esa manifestación de la realidad personal de Jesucristo para poder hacer la experiencia viva y transformadora de la

Palabra.

4. La Biblia se lee en y con la Iglesia: La Revelación bíblica se ha dado en el seno de la Iglesia. Puede decirse que ella es su autora, inspirada por el Espíritu de Cristo, su Esposo. La Biblia es el libro de la Iglesia. Quien se acerca a él debe hacerlo desde la tradición y la comunión de vida en que ha sido compuesto. Nos dice la Segunda Carta de Pedro: “*Ninguna predicción de la Escritura está a merced de interpretaciones personales; porque ninguna predicción antigua aconteció por designio humano; hombres como eran, hablaron de parte de Dios*” (1, 20s). Por eso cuando hacemos *Lectio Divina* es fundamental que siempre manejemos algunas interpretaciones que se han dado en la Iglesia con respecto al texto que estemos leyendo. Es importante que descubramos el mensaje que la lectura tiene para mí, pero sin olvidar que estamos dentro de la Iglesia: recibimos su Tradición y comulgamos en la misma fe. Por eso no podemos hacer una lectura subjetiva del texto. Antes de preguntarnos qué nos está diciendo a nosotros debemos documentarnos sobre qué le ha dicho a los cristianos a través de los tiempos. Para ello acudamos a comentarios autorizados, obras de los Santos Padres y los demás santos, la enseñanza de los Papas y del Catecismo. En internet podemos encontrar páginas católicas con muy buen contenido que nos pueden ayudar en este sentido. Cuando practicamos la *Lectio Divina* a nivel comunitario, guiados por algún Ministro de la Iglesia, podemos confiar en que se nos transmite la Palabra de manera autorizada, en un modo que además nos consigue otras gracias particulares como la Indulgencia de nuestras culpas (Ver: Exortac. Verbum Domini, 87).

5. La Palabra es siempre actual: A diferencia de todos los demás libros antiguos, cuando nos acercamos a la Sagrada Escritura no lo hacemos por un interés meramente documental o histórico. La Biblia es un libro vivo, es un libro actual. Aunque ha sido compuesto desde ciertos contextos históricos muy precisos, Dios nos habla en él con palabras de eternidad. Por eso podemos encontrar en sus páginas luz para iluminar nuestra vida presente. Una lectura de la Biblia que se quede en recorrer ciertos datos de la historia, recordar la vida de algunos personajes e indagar en usos y costumbres de otras culturas sería una lectura estéril. Precisamente la riqueza de la Biblia es que ella continúa hablando en presente a través de los siglos, de las culturas y de las diversas necesidades de los hombres.

IV

Los primeros pasos de un camino hacia Dios

Profundicemos ahora en cómo se inicia la *Lectio Divina*. Para ello partimos de los tres verbos utilizados por Jesús para enseñarnos las actitudes del orante: Buscar, encontrar y pedir:

“Les aseguro: pidan y se les dará, busquen y encontrarán, llamen y se les abrirá. Porque el que pide, recibe; el que busca, encuentra; y al que llama, se le abre. ¿Hay entre ustedes algún padre que da a su hijo una piedra cuando le pide pan? ¿Y si le pide un pescado, le dará en su lugar una serpiente? ¿Y si le pide un huevo, le dará un escorpión? Si ustedes, que son malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a aquellos que se lo pidan” (Lc 11, 10ss).

Buscar, encontrar y pedir. Tres acciones que nos preparan para el desarrollo de la *Lectio Divina*. Las detallamos a continuación.

Busca...

“Tu rostro buscaré, Señor. No me escondas tu rostro”

Salmo 26, 8s

Busca los mejores momentos de tu día para dedicarlos a la oración. A la mayoría le resulta más apropiada la primera hora del día. Recordemos

que también Jesús solía orar a esta hora: “*Muy temprano en la mañana, antes de la salida del sol, se apartó para hacer oración*” (Mc 1, 35). Quien ora a primera hora de la jornada es como si se perfumara con un bálsamo espiritual que irradiará su fragancia durante todo el día. Sin embargo, hay otros a los que el ritmo del día y sus obligaciones les dificulta la oración en estos momentos. Por eso tienen que buscar otras horas en que se encuentren más concentrados. Lo importante es apartar un buen tiempo para dedicarnos a la lectura de Dios sin prisas y sin presiones.

¿Cuánto tiempo? Se preguntan muchos. La respuesta te la dará tu propia experiencia espiritual. Al comienzo no hay que exagerar. Es preferible una “dosis concentrada” cada día y no arrebatos de largas horas de oración que luego no volvemos a repetir. Con la práctica iremos logrando dedicar más tiempo a la Lectio, pues la experiencia se nos hará cada vez más gustosa y fascinante. Por eso cabe también advertir que debemos llevar buena cuenta del tiempo, pues cuando vivimos la *Lectio Divina* con toda la riqueza que nos ofrece, es fácil que pasemos varias horas en oración sin habernos dado cuenta de ello.

Busca también un lugar adecuado que te facilite el recogimiento. Recuerda que Jesús nos enseña que cuando vamos a orar entremos en nuestra habitación, cerremos la puerta y hablemos al Padre desde lo secreto (Cf. Mat 6, 6). Esa habitación nos habla en primer lugar de nuestra propia interioridad, de la necesidad que tenemos de cerrar la puerta de nuestras percepciones externas para entrar a gustar de la inmensa riqueza interior que se esconde en nosotros. Pero también nos motiva a escoger lugares tranquilos, silenciosos, que faciliten el recogimiento y la calma. El silencio exterior nos ayuda a alcanzar ese silencio interior tan necesario para una práctica espiritual gustosa. Sobre todo en los primeros tiempos de nuestra práctica de la Lectio esto es de mucha importancia. Progresivamente iremos ganando una familiaridad tan profunda con la Palabra que se nos hará más sencillo entrar en intimidad con ella desde los contextos más variados.

A este orden exterior hay que acompañarlo de una disciplina interior. Nada de venir a la Lectio sabiendo que aún tenemos cosas pendientes por resolver: una llamada que hacer, un fuego que vigilar para que la comida no se queme... Inicia tu Lectio con el mayor sosiego que puedas. Haz el

vacío interior de preocupaciones e inquietudes. Desde la experiencia de la oración encontrarás la luz para resolver después las cosas concretas de tu vida que no encuentran respuesta cuando nos afanamos e impacientamos.

A muchas personas les ayuda comenzar tomando unos minutos para relajarse a través de un ejercicio de respiración, de concentración o escuchando alguna música suave. Otros logran hacerlo de manera más inmediata. Lo importante es que te vayas conociendo a ti mismo y así podrás practicar la manera que más se adapte a tu personalidad para alcanzar ese necesario sosiego antes de empezar a orar.

Encuentra

*“No vayas fuera, permanece en ti mismo.
En el interior del hombre habita la verdad”*

San Agustín (Siglo V)

Encuentra el texto del Evangelio a meditar. Quizá ya lo tengas presente desde antes de disponerte a orar, y eso es una gran ayuda. Una forma es ir leyendo de manera continua alguno de los evangelios. Te recomiendo comenzar por el de san Lucas, que describe toda la existencia de Jesús desde su concepción hasta su Ascensión al cielo. Otra manera es seguir el itinerario de lecturas de la misa de cada día. Eso te ayuda a orar desde la misma experiencia de la Iglesia. Otras personas se plantean una temática a seguir, contando con la ayuda de comentarios y diccionarios bíblicos. Cualquiera de estos itinerarios es provechoso. Lo importante es que tú descubras cuál es el que mejor se corresponde a tu búsqueda espiritual. Cuando lo encuentres, síguelo al menos por un buen tiempo. Después lo podrás variar según nuevas necesidades.

También tenemos que encontrar la disposición adecuada para orar. Una práctica que nos puede ayudar es comenzar orando con un salmo que ya conozcamos o hayamos elegido antes para nuestra oración. Al final de

este libro te presento algunas sugerencias para escoger cuál puede ser el salmo que mejor se adapte a tu búsqueda.

Pide

“Antes de la lectura, ora y suplica a Dios que se te revele”.

San Efrén el Sirio (siglo IV)

Pide al Espíritu Santo el don de poder orar con la Palabra de Dios. Él es su Autor. Es el Espíritu divino, el sopro vivificante por medio del cual hemos sido creados, el que todo lo sostiene y lo renueva. Permaneciendo en comunión con Él, entramos también en contacto con lo más auténtico de nosotros mismos y con nuestro destino trascendente.

El Señor nos dice en uno de los discursos de despedida en el evangelio de Juan: *“Sin mí no podéis hacer nada”*, y nos invita a permanecer unidos a Él como los sarmientos a la vid (Jn 15, 5ss). En ese mismo contexto nos promete más adelante que nos enviará una nueva presencia suya que será el Espíritu Santo: *“Cuando venga el Espíritu de la Verdad, él los introducirá en toda la verdad, porque no hablará por sí mismo, sino que dirá lo que ha oído y les anunciará lo que irá sucediendo. Él me glorificará, porque recibirá de lo mío y se lo anunciará a ustedes”* (Jn 16, 13s). La Iglesia siempre ha asumido con fidelidad estas palabras del Señor. Por eso ha elevado sus oraciones a Dios poniéndose bajo la acción del Espíritu Santo. Es la llamada “Epiclesis”, a través de la cual los cristianos invocamos la venida del Espíritu Divino, particularmente en la liturgia. En el libro de los Hechos de los Apóstoles podemos ver cómo los primeros cristianos siempre se confiaban a la acción del Espíritu Santo antes de emprender una misión o tomar decisiones.

Por todo esto es tan importante que iniciemos la Lectio suplicando a Dios la asistencia de este mismo Espíritu. De otro modo correríamos el riesgo de practicar tan sólo un estudio de la Palabra o escuchar nuestros

propios puntos de vista cuando nos relacionamos con el texto. Al final de este libro te propondré algunas oraciones para invocar al Espíritu Santo que se han empleado desde antiguo en la Iglesia. También puedes suplicar su asistencia a través de un canto o de la repetición de jaculatorias dirigidas a Él.

Después de estos pasos de “calentamiento” ya estarás listo para ponerte en camino. Es momento de comenzar la *Lectio Divina*: el recorrido que partiendo de los primeros pasos a ras de tierra te irá elevando hasta la conquista del cielo, como en una escalera espiritual que te hará conocer nuevos niveles y dimensiones de tu propia existencia y del misterio de Dios. ¡Adelante!

V

El ascenso

“¿Quién podrá ascender al monte del Señor?”

Salmo 24, 3.

“Cuando estaba más cerca de llegar al final del Camino, el recorrido se hizo más empinado. Para llegar hasta Santiago de Compostela tenía antes que subir una cuesta alta que exigía esfuerzo. Pero era tan grande mi ilusión que nada podía detenerme”. Este es el testimonio de una peregrina que recientemente ha vivido una experiencia transformadora en el Camino de Santiago. Sus palabras me han hecho encontrar otro parecido de esta experiencia con la que viven tantos orantes en su relación con la Palabra de Dios. Cuando nos acercamos a ella se nos exige emprender un ascenso que va de la tierra al cielo, de lo humano a lo Divino: “Como la lluvia y la nieve que bajan desde el cielo y no vuelven a subir sin antes empapar y hacer germinar la tierra, así la palabra que sale de mi boca no volverá a mí sin antes haber cumplido lo que deseo”, dice el Señor por medio de su profeta (Is 55, 10).

Guigo II, el monje cartujo que sistematizó el método de la *Lectio Divina*, propuso la práctica de esta oración comparándola con la imagen de una escalera por la cual se asciende desde lo humano hacia Dios a través de diversos peldaños. Él enumeró cuatro: Lectura (*lectio*), meditación (*meditatio*), oración (*oratio*) y contemplación (*contemplatio*). Estos cuatro pasos son las etapas de un ascenso hacia Dios. Nuestro camino nos invita a subir a lo alto de un monte, en el cual encontraremos su presencia viva, como Moisés cuando se encontró con la zarza ardiente en el monte Sinaí

(Ver: Ex 3, 1ss) o como los discípulos cuando subieron con Jesús al monte de las Bienaventuranzas a escuchar su predicación (Ver: Mt 5, 1ss). Como enseñaba un poeta místico del siglo XVII: “*Yo soy un monte en Dios, debo escalarme a mí mismo para que Dios me revele su rostro*” (5).

Hoy en día también se proponen otros dos pasos que acompañan y completan la experiencia de la *Lectio Divina*: La Acción (actio) y el Compartir (collatio). Nosotros comprendemos estos dos como la continuación del camino que ahora recorremos desde lo alto del monte que hemos alcanzado. No implican un descenso, sino que aparecen como la oportunidad de avanzar en la vida teniendo una visión contemplativa, desde lo alto, de toda nuestra realidad. Estos dos pasos finales los detallaremos en el capítulo siguiente.

Ante cada paso del camino, nos respondemos a una pregunta clave que nos ayude a mantener la orientación que nos viene guiando. Al momento de alguna distracción, es de mucha ayuda volver a la pregunta para retomar el ritmo del camino que venimos recorriendo.

Lectura (*Lectio*)

Pregunta clave: *¿Qué dice?*

Partimos de esta pregunta clave para dar el primer paso, que consiste en la lectura atenta y reverente del texto. En esta primera etapa estamos invitados a leer con calma y atención. Mejor dicho, estamos llamados a escuchar. La escucha implica esa actitud de adoración propia del orante, que se dispone a comprometerse con lo que el Señor le revele. Cuando leemos el texto bíblico debemos hacerlo con esta disposición, poniendo en práctica las mismas palabras que Dios dirigió a Israel antes de revelarles los Diez Mandamientos:

“Escucha, Israel: el Señor, nuestro Dios, es el único Señor.

Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Graba en tu corazón estas palabras que yo te dicto hoy. Incúlcalas a tus hijos, y háblales de ellas cuando estés en tu casa y cuando vayas de viaje, al acostarte y al levantarte” (Dt 6, 4ss).

Cuando empezamos a leer la Palabra Divina pisamos tierra sagrada, como Moisés cuando Dios se le reveló. Al llegar a ella tenemos que descalzarnos, esto es, liberarnos de nuestras falsas seguridades, de nuestros criterios preconcebidos, prejuicios y pareceres; no podemos arrastrar el polvo recogido en el pasado. Tenemos que dejar atrás la prisa, los ruidos y tantos afanes, pues entramos en el ámbito de la revelación de Dios, que merece reverencia y atención.

Cuando la Palabra de Dios llega a nosotros podemos recibirla desde diversas actitudes. Jesús nos habla de ellas en la “Parábola del Sembrador” (Ver: Mt 13, 1). Allí compara la Palabra de Dios con una semilla que el Sembrador, que representa a Dios mismo y sus evangelizadores, van esparciendo en un terreno. Unos granos caen a la orilla del camino y los pájaros los comen: Esos representan al que oye la Palabra, pero no la interioriza y les es fácilmente arrancada por el demonio. Otras semillas caen en terreno pedregoso y brotan enseguida, pero prontamente parecen por no tener raíces: Estos son los que escuchan la Palabra con entusiasmo, pero al poco tiempo se desaniman por no haberla acogido profundamente. Otras caen entre espinas, y al crecer son ahogadas: Representan a los que reciben la Palabra pero las preocupaciones del mundo y sus riquezas la ahogan. Finalmente están los que reciben la Palabra como tierra buena en donde cae la semilla: Estos son los que dan verdaderos frutos. Cuando nosotros escuchamos la Palabra debemos estar preparados como tierra bien dispuesta que acoge el mensaje del Señor. Tenemos que estar libres de las preocupaciones efímeras y dispuestos a interiorizarla, a dejar que eche raíces para que crezca en nosotros con fuerza. En el primer paso de la lectura esta actitud es fundamental.

La lectura es el inicio de la apropiación del texto. Debemos hacerla sin prisas. Aunque ya conozcamos el texto con anterioridad, no pensemos que ya lo hemos agotado. La Palabra de Dios siempre es nueva y reveladora. No nos cansaremos jamás de encontrar en ella nuevas profundizaciones.

Conviene que en este paso repitamos varias veces la lectura del texto para familiarizarnos cada vez mejor con él. Cuando seamos capaces de repetir sin leer el conjunto del texto y sus frases más resaltantes, puede decirse que ya nos hemos comenzado a apropiarnos de él.

En este paso a muchas personas les ayuda hacer un pequeño ejercicio de imaginación. ¡Empleemos la imaginación para tantas cosas inútiles! ¡Utilicémosla para lo que vale la pena! El ejercicio consiste en situarse en la escena que se narra en el texto como un testigo silencioso de ese acontecimiento. Tratar de sentir el ambiente que enmarca la escena, la emotividad de los personajes; entrar en sus preocupaciones, en su búsqueda. Si meditas un texto de los evangelios, escucha a Jesús que al responderle a la gente de su tiempo le responde a todo hombre, por tanto, también a ti y a mí nos está hablando.

Cuando practiquemos esta escucha debemos mantenernos atentos especialmente a aquellas frases que nos inquietan o “mueven algo” dentro de nosotros: nos consuelan, nos alertan, nos dan paz, etc. Cuando las encuentres, no trates de entenderlas de una vez. Repítela varias veces en tu interior. “Saborea” esa palabra o esa frase sin prisas ni mayores pretensiones. Recuerda que el término sabiduría no proviene de saber, sino de saborear. Una vez que hemos encontrado y saboreado estas frases o palabras del texto, y que seamos capaces de recordar bien su articulación, sus elementos y sus partes, hagamos un repaso general. Necesitamos hacer esa experiencia de gustar el mensaje divino, dejar que resuene en nosotros y que su repetición vaya horadando la dureza de nuestro corazón como la gota de agua a la piedra.

Si en vez de hacer la *Lectio Divina* individualmente la hacemos en grupo, este primer paso de la lectura puede hacerse primero a través de una proclamación en voz alta por parte de alguno de los participantes. Los demás deberían tener una copia fiel del mismo texto para ir siguiendo la lectura. Luego se debe dejar un rato de silencio para que cada uno vuelva al texto de manera personal y recorra los pasos que hemos mencionado anteriormente.

En esta primera etapa de la lectura es de gran utilidad contar con un buen comentario bíblico que nos oriente en la comprensión de nuestro texto. Un comentario bíblico es como la brújula que nos orienta

en el camino que recorreremos. Si el comentario es bueno, llegaremos a buen destino. Pero si el comentario es deficiente, corremos el peligro de perdernos en divagaciones y lecturas incompletas o tendenciosas. ¿A cuál comentario acudir? Es necesario que manejen comentarios que nos garanticen una cierta rigurosidad científica en el estudio de la Escritura. Para ello, tomémonos un buen tiempo antes de comenzar a practicar la *Lectio Divina*, con el fin de examinar diversos comentarios bíblicos que bien podemos conseguir en librerías y en páginas católicas de la internet. También las introducciones a los libros bíblicos y los comentarios de la Biblia de Jerusalén, la Biblia de América y la Biblia Latinoamericana son de excelente ayuda. Hagamos un examen crítico de sus contenidos tratando de identificar si responden a los tres niveles fundamentales desde los cuales debe ser estudiada la Escritura:

1. Nivel literario: este nivel nos sitúa en el con-texto general del libro en que se encuentra el fragmento que leemos. Nos presenta de manera general el género literario en que está compuesto. No es lo mismo un texto de género histórico que uno de género apocalíptico, ni es igual un texto poético que uno jurídico. Un buen comentario debería introducirnos en un conocimiento general de estos aspectos para no confundirnos a la hora de acercarnos a las múltiples formas en que se expresa la Palabra de Dios.

2. Nivel histórico: Nos presenta el porqué del texto, la situación vital a la que responde. Al conocer el contexto histórico de las palabras que leemos podemos comprender mejor su sentido y también cómo pueden adaptarse a nuestra propia realidad.

3. Nivel teológico: Este nivel nos ayuda a entender lo que Dios ha querido decir su pueblo al pronunciar las palabras que leemos, cómo las ha asumido el pueblo y cómo estamos llamados nosotros a asumirlas hoy

Cuando encontremos un comentario bíblico que contemple estos niveles de estudio de los textos podemos estar seguros de contar con una buena brújula para el camino.

Meditación (*Meditatio*)

Pregunta clave: *¿Qué me dice?*

“Avanzando en mi peregrinación era imposible no tomar conciencia de tantos aspectos de la vida y de mi propia vida. ¿Cómo he estado viviendo? ¿Qué debo cambiar? La peregrinación más profunda era esa viaje hacia mí mismo que iba recorriendo paso a paso”

La lectura reverente y atenta te conducirá a la pregunta sobre ti mismo: ¿Qué te está diciendo a ti el texto?. Te hará interesarte sobre el sentido personal de esas palabras. Porque también hoy Dios te las dirige a ti y a tu comunidad. Entonces busca la novedad, la luz que aportan para tu propia vida y a la de los tuyos.

En este paso te puedan ayudar nuevas preguntas como: ¿En qué se asemeja el texto con mi/nuestra situación actual? ¿Qué cosas me dispone a cambiar? ¿Qué claves me da para entender mi propia situación? ¿Se parece mi vida a lo que en él se describe?

También en esta etapa del camino es de gran ayuda volver a rumiar las palabras del texto apropiándonos de ellas en primera persona. Así, por ejemplo, cuando Jesús dice: *“bienaventurados los que trabajan por la paz”* (Mt 5, 9), repitamos: bienaventurado soy cuando trabajo por la paz; cuando Jesús dice *“sin mí no podéis hacer nada”* (Jn 15, 5), repitamos: Sin Jesús no puedo hacer nada. Este repetir las palabras divinas apropiándonos de ellas se parecerá a la actitud de la Virgen María, de quien dice la Escritura que *“guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón”* (Lc 2, 19. 51).

Porque meditar es dejarse interpelar por la sabiduría eterna de la Palabra. A veces seremos confrontados, chocarán con ella nuestros criterios mundanos. Quizá lleguemos a sentirnos “desnudos”, desarmados ante ella. Éste es un momento importantísimo, pues se evidencia que el Verbo eterno está apropiándose de nuestros criterios e intenciones. Lo primero que debe

ocurrir es ese “descortezarnos”, como una planta en la que se injertará una nueva vida. Esta vida nueva es justamente la vida divina, la eternidad que queremos alcanzar. Por eso nos dice Chiara Lubich: “*La Palabra de Dios es vida: pero se la obtiene pasando por la muerte; es ganancia, pero se la logra perdiendo; es crecimiento, pero se lo alcanza disminuyendo (cf. Mt 10, 38-39). Afrontemos el riesgo de la Palabra*” (6). No tengamos miedo a dejarnos arrancar por la Palabra aquello que en nosotros se ha endurecido y nos ha encerrado en un hermetismo que no nos permitía entrar en contacto con la verdad.

Durante la meditación, conviene que formulemos una **frase resumen**, la cual puede ser tomada literalmente del texto o puede ser construcción nuestra. Cuando la hayamos identificado, repitámosla varias veces hasta memorizarla. Nos debería acompañar durante todo el día como un estímulo y desafío para llevarlo a la vida. La meditación y apropiación de la Palabra debe ir haciendo que ella penetre más íntimamente en nuestro ser, como esa “espada de doble filo que penetra hasta lo más íntimo de nosotros” (Ver: Heb 4, 12). El resultado final será que iremos ganando la mente y la actitud de Cristo, como dice la Carta a los Filipenses (2, 5). Este cambio de mentalidad, que en el griego de la Biblia se dice “metanoia”, es justamente lo que se ha traducido como conversión. Desde esta “mente nueva” sometemos a juicio nuestra actuación concreta en los distintos momentos de la jornada. Así nos ayuda a orientarnos y a superar tantas tentaciones, pues el mismo Jesús nos enseñó a vencerlas precisamente sometiendo al juicio de la Palabra de Dios las insinuaciones del demonio, tal como puede verse en el episodio de las tentaciones en el desierto (Mt 4,1ss): A cada propuesta del diablo, Jesús fue respondiendo con una Palabra de la Escritura, con lo cual no sólo nos muestra su total identificación con ella, sino también el modo en que nosotros podemos vencer el mal sostenidos por la fuerza de la Palabra.

En el paso de la *meditatio* es donde más generalmente surgen **las distracciones**. Esto ocurre por dos causas: La primera es porque la Palabra nos confronta, y así nuestro “hombre viejo”, como lo llamaba san Pablo (Ver: Ef 4, 22 y par), se ve conminado a deponer sus armas y por eso buscará todos los medios posibles para evadir este paso duro. Parecerá más cómodo quedarnos en nuestra antigua situación de incoherencia antes que arriesgarnos a cambiar. La otra razón por la que aparecen tantas distracciones

en este paso es más sencilla, pero también debemos tener cuidado: Como estamos confrontando la Palabra con nuestras situaciones vitales, es común que al recordar algunas de ellas nos distraigamos recordando sus detalles. Así nos vienen a la mente las posibilidades que no aprovechamos, los sentimientos de aquellos momentos, el recuerdo grato o molesto de algunas personas. Si no estamos atentos y nos dejamos embelesar por estos pensamientos, en poco tiempo nos encontraremos como el caminante que ha perdido la ruta y se angustia desorientado. ¿Qué hacer entonces? Un buen recurso para lo primero es que cuando advirtamos una distracción que busca sacarnos de la confrontación de la Palabra con nuestro Yo, la llamemos por su nombre: “Esto es miedo”, “Esto es una huida”, “Esto es una tentación”. El demonio suele escapar cuando lo desenmascaramos. Pidamos en ese momento la ayuda a Dios para mantenernos en la oración y sigamos adelante. Con respecto a los recuerdos y divagaciones, conviene aprovecharlos al momento para pedirle a Dios por esa situación o por esa persona que nos aparece. Concluamos dando gracias porque se nos ha presentado en nuestra oración el recuerdo de esa situación o de esa persona. En una u otra ocasión, volvamos nuevamente al texto, repitiendo la palabra clave que nos habíamos planteado o retomando alguno de los puntos que venimos comprendiendo. Será como volver sobre nuestros pasos hasta la cabecera de la ruta para reencontrar la senda adecuada por la que hemos de seguir nuestro camino.

Cuando realizamos la *Lectio Divina* a nivel comunitario, en compañía de nuestros hermanos de fe o de nuestra familia, debemos dejar que cada uno exprese su propia comprensión de la palabra que estamos compartiendo. Hay que procurar que todos puedan participar libremente, cuidando que ninguno se convierta en “maestro” que quiera imponer su propio criterio ante los demás. Expresando lo que la Palabra revela a cada uno, se podrá llegar a una comprensión común. Además, este escuchar la lectura que los demás van haciendo nos ayuda a confrontar nuestra propia comprensión, así como aportar la nuestra para el enriquecimiento común. Cuando escuchamos con corazón abierto lo que nuestros hermanos van entendiendo, también a nosotros se nos confirman tantas comprensiones y se nos ayuda a ponerlas en contexto con la pluralidad de puntos de vista desde los que se le puede asumir.

Oración (Oratio)

Pregunta clave: ¿Qué le digo?

“En ese silencio acompasado únicamente por el ritmo de mis pisadas sobre el camino, tuve tantas oportunidades de elevar mi mirada hasta el cielo y decir gracias, pedir por tantas necesidades, preguntar a Dios tantas inquietudes que nunca había podido responder”, nos comenta otro peregrino de Santiago. “Era oración en movimiento. Era darme cuenta de que mis pasos sobre esta tierra me llevan hasta el cielo”.

La meditación hecha con interés y devoción nos conducirá a una nueva etapa del camino hacia la altura de Dios: la oración. En ella respondemos a una nueva pregunta: “¿Qué le digo al Señor?”

En la lectura y la meditación nosotros escuchábamos a Dios. En la oración comenzamos a responderle. Nuestra lectura y comprensión deviene en plegaria. Porque a Dios no le gusta mandar un dictado, le gusta dialogar. Y ya que Dios nos ha hablado desde la profundidad de su misterio, ahora nosotros le respondemos desde nuestra más sincera intimidad. Por tanto, tú pregunta, inquiere, reclama, agradece, alaba, *“porque quien pide, recibe; y el que busca, encuentra; y a quien pide se le dará”* (Mt 7, 7)...

En el evangelio de san Juan encontramos el relato del encuentro de Jesús con la Samaritana al borde del pozo de Jacob. En él vemos detallados los pasos que seguimos en toda experiencia de auténtica oración, tal como nos lo dice el Catecismo de la Iglesia Católica:

“Si conocieras el don de Dios” (Jn 4, 10). La maravilla de la oración se revela precisamente allí, junto al pozo donde vamos a buscar nuestra agua: allí Cristo va al encuentro de todo ser humano, es el primero en buscarnos y el que nos pide de beber. Jesús tiene sed, su petición llega desde las profundidades de Dios que nos desea. La oración, sepámoslo o no, es el encuentro de la sed de Dios y de la sed del hombre.

Dios tiene sed de que el hombre tenga sed de Él” (CIC, n. 2560).

Cuando Jesús empieza a hablar con la samaritana le inquieta, le mueve sus fibras más profundas, la confronta con su propia realidad, le revela su divinidad y finalmente la convierte en anunciadora de su salvación (Ver: Jn 4, 1ss). En la oración también nosotros pasamos por esas etapas de estupor, confrontación, interés, descubrimiento y anuncio gozoso que vive la samaritana al dialogar con Jesús. Así Él nos hace responderle desde lo más profundo de nosotros mismos con palabras inspiradas y reveladoras. Continúa explicándonos el Catecismo:

“Tú le habrías rogado a él, y él te habría dado agua viva” (Jn 4, 10). Nuestra oración de petición es paradójicamente una respuesta. Respuesta a la queja del Dios vivo: *“A mí me dejaron, manantial de aguas vivas, para hacerse cisternas, cisternas agrietadas”* (Jr 2, 13), respuesta de fe a la promesa gratuita de salvación (cf Jn 7, 37-39; Is 12, 3; 51, 1), respuesta de amor a la sed del Hijo único (cf Jn 19, 28; Za 12, 10; 13, 1)”.

¿Qué decir a Dios en la oración? No hay fórmulas preestablecidas. La oración que brota en la Lectio es siempre nueva, tan variada y sorprendente como la misma Palabra de Dios que leemos. En algunas ocasiones nos moverá al agradecimiento. Otras veces nos mostrará nuestros pecados y pediremos perdón. O también nos motivará a elevar un canto de alabanza, unas palabras de adoración. etc. A muchos les suelen venir frases de otros textos de la Escritura con los cuales le podemos responder a Dios. Por ejemplo, si meditamos el pasaje del Pan de Vida de Juan 6 nos puede venir responder a Dios diciendo: *“Danos hoy nuestro pan de cada día”* (Mt 6, 11). Cuando meditamos el pasaje del ciego de Jericó en Lucas 18, quizá nos venga pedir con ese ciego: “Señor, que vea”. La oración nos adentra en un ámbito de libertad donde nos expresamos según la propia inspiración que recibimos. Llegados a este punto, podemos decir que nuestro recorrido se bifurca en tantos senderos como orantes existen, y podemos escoger el que más nos ayude sin temor a perdernos.

Cuando la oración es sincera nos vaciamos de nosotros mismos. Presentamos a Dios todas nuestras inquietudes, nuestras necesidades; nos liberamos de nuestros apegos y estamos más abiertos para recibir lo que Dios quiere darnos. Así superamos el nivel de la oración meramente

petitoria: “Dame esto”, “ayúdame en aquello”. Nos damos cuenta de que hemos sido creados para dialogar de tú a tú con el Señor, para agradecer, interceder, alabar.

También la oración dilata nuestro corazón haciendo que él se conduzca de las necesidades de los demás, intercediendo por ellos, pidiendo perdón por sus pecados y por los nuestros contra ellos. ¡Cuán lejos quedamos entonces de aquellos momentos en que no sabíamos qué decir a Dios! Nuestra alma ha tomado alas para volar hacia Él a través de un diálogo cercano y renovador.

Contemplación (Contemplatio)

Silencio y transformación

Antes de arribar a Santiago de Compostela, desde hace siglos los peregrinos se detienen en lo alto de un monte desde el cual se divisa la ciudad del Apóstol y se distinguen las torres de su Catedral. Es el “Monte do gozo” o monte de la alegría, desde donde los caminantes ven ya próxima la meta de su peregrinación. Muchos pasan allí la última noche en vigilia, tantos otros elevan cánticos y derraman lágrimas de gratitud al ver ya tan cerca la realización de su esperanza. El mismo Juan Pablo II quiso reunir allí en 1992 a los jóvenes del mundo para compartir una enseñanza sobre el sentido de la vida. Nuestra existencia tiene necesidad de elevarse para poder comprenderse mejor. Desde la cima de ese monte que somos nosotros mismos podemos conocernos y distinguir con claridad nuestro destino final. Es la experiencia de la contemplación.

La cumbre del camino espiritual que es la *Lectio Divina* la alcanzamos en la contemplación. A este nivel llegamos si hemos hecho una lectura gustosa, una meditación consiente y una oración coherente. Sin embargo, no puede decirse que lleguemos de forma automática. La contemplación es, ante todo, una gracia de Dios. Por ser gracia, es inmerecida. No podemos pretender que nos tiene que ser concedida porque sí. Más bien debemos recibir con gratitud y apertura lo que Dios nos quiere comunicar. Así nos

lo explica el Catecismo de la Iglesia Católica:

“La contemplación es la oración del hijo de Dios, del pecador perdonado que consiente en acoger el amor con el que es amado y que quiere responder a él amando más todavía (cf Lc 7, 36-50; 19, 1-10). Pero sabe que su amor, a su vez, es el que el Espíritu derrama en su corazón, porque todo es gracia por parte de Dios. La contemplación es la entrega humilde y pobre a la voluntad amante del Padre, en unión cada vez más profunda con su Hijo amado” (n. 2712).

En esta etapa ya no nos hacemos más preguntas. Más bien nos sentimos movidos al silencio y la quietud. El alma que ha buscado en la lectura, se ha examinado en la meditación y se ha expresado en la oración, ahora goza en la serenidad ante Dios.

Pero **¿Qué es la contemplación?** Un primer sentido etimológico de esta palabra se encuentra en la formación latina de la preposición “*cum*” (en, con) y el sustantivo “*templum*” (templo). El estado de la contemplación nos hace descubrirnos a nosotros mismos como ese templo donde mora la presencia sagrada del Espíritu de Dios. “*¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?*” preguntaba san Pablo a los Corintios (1Co 3, 16), y también nos lo pregunta hoy a nosotros el Señor para que seamos capaces de reconocer su presencia en nuestro ser. Pero también *templum* se refiere a la bóveda celeste que es la morada de Dios y bajo cuyo ámbito se encuentra toda la creación. Los latinos se referían al cielo como *templum* cuando descubrían en él algún fenómeno o movimiento astral que les pudiera ayudar a vaticinar los acontecimientos de la historia y de la naturaleza. Por eso la gracia de la contemplación se asemeja a ese escrutar el cielo para reconocer nuestra vida y la de cada hombre bajo la presencia de Dios. Vemos así que la contemplación no es evasión, sino más bien comprensión de la realidad que nos toca vivir desde la perspectiva de lo divino.

Los griegos, por su parte, expresaban la contemplación bajo otro término que ha llegado a nosotros con un sentido diverso: *theoría*. Para nosotros una teoría es una especulación racional que intenta demostrar su coherencia. Pero hay que saber que para los griegos esta palabra se formaba a partir de la unión de otros dos términos “*thea*” (visión) y “*orao*”

(mirada superficial). La unión de ambas palabras compone una nueva acción que puede entenderse como “*ver en la visión*”, es decir, ser capaces de percibir la esencia de aquello con lo que entramos en contacto. No es que la *Lectio Divina* nos va a hacer “ver visiones”, entendidas como imaginaciones o percepciones fantásticas. Lo que sí hará es formar en nosotros una capacidad de comprensión más profunda de la realidad humana y de los misterios de Dios. Es lo que san Agustín llamaba la “mirada interior”, entendida como la capacidad de reconocer en nosotros mismos la presencia de Dios y leer desde allí el curso de nuestra propia vida y la entera historia humana. Con ella podemos percibir nuestra vida y los acontecimientos desde la misma perspectiva de Dios. Nuestro camino espiritual nos ha hecho ascender hasta la cima de la sabiduría. Es nuestro “Monte do gozo” personal. Desde allí podemos tener una panorámica de nosotros mismos y del mundo que antes no lográbamos percibir por tener un mirar demasiado superficial. Continúa el Catecismo (n. 2715):

“La contemplación es mirada de fe, fijada en Jesús (...) Su mirada purifica el corazón. La luz de la mirada de Jesús ilumina los ojos de nuestro corazón; nos enseña a ver todo a la luz de su verdad y de su compasión por todos los hombres. La contemplación dirige también su mirada a los misterios de la vida de Cristo. Aprende así el “conocimiento interno del Señor” para más amarle y seguirle (cf San Ignacio de Loyola, ex. sp. 104)”

Porque el misterio central de la vida de Cristo en que se concentra la *theoría*, entendida como mirar profundo, es el momento de su crucifixión. La única vez que este término aparece en el Nuevo Testamento lo reporta Lucas 23, 48 para referirse a lo que presenciaban los testigos de la muerte de Jesús: “*Y toda la multitud de los que estaban presentes a este espectáculo (theoría), viendo lo que había acontecido, se volvían hiriendo sus pechos*”. La contemplación de la muerte de Cristo es un espectáculo terrible, pero a la vez revelador; quiebra el alma y muestra a la humanidad su mendacidad y su pecado. A la vez muestra hasta dónde llega el amor salvador de Dios por nosotros. La experiencia de la contemplación tiene como vértice el misterio Pascual de muerte y resurrección de Cristo: Comprende la propia realidad a la luz de este acontecimiento de amor y todo lo examina a partir de él. Por eso el contemplativo avanza sereno ante las adversidades, ya que vive en la

comprensión profunda del sentido de la historia y su destino en Dios.

Otro sentido desde el que puede comprenderse la palabra contemplación tiene que ver con la acción de *templar*. Como las cuerdas de una lira, también nuestra alma debe ser “templada” por el buen Poeta. La virtud de un buen instrumento que debe ser afinado es ser dócil, ponerse en manos del artista para dejarse ajustar y transformar. Por eso quien contempla adora en el silencio la obra que Dios hace con él. Entra en ese silencio poblado por su Palabra. El alma percibe, comprende profundamente, goza y se serena. Pero no debe confundirse esa serenidad con un quietismo, pues en la contemplación cooperamos con la actividad transformadora de Dios desde nuestro interior. Se siente, se gusta, se observa y se vibra desde esa “música callada, la soledad sonora”, como la llamó san Juan de la Cruz. El contemplativo deja que en su rostro brote esa sonrisa dichosa que es anuncio para el mundo, y quizá también esas lágrimas de consuelo y purificación que perfeccionan las actitudes vitales. Permite que el Poeta entone el cántico de su propia vida agradecida, glorificada. Percibe en él esa melodía interior que es parte de la entera sinfonía de la creación. Se dispone a elevarla en cada paso de su caminar. Descansa en la presencia divina. Se siente hermanado con cada hombre y con el entero cosmos.

No es la contemplación un olvido del mundo. Al contrario, la mirada contemplativa nos hace capaces de comprender la coherencia o las carencias de nuestro compromiso. Ganamos una comprensión de los movimientos de la historia y su sentido. Tomamos nuevas fuerzas para responder a ella con pertinencia: *“Lejos de ser pasiva, esta escucha es la obediencia de la fe, acogida incondicional del siervo y adhesión amorosa del hijo. Participa en el “sí” del Hijo hecho siervo y en el “fiat” de su humilde esclava”* (CIC, n. 2716). De este modo no sólo nos transforma personalmente, sino que nos hace también agentes de transformación para la vida de los demás y para la sociedad entera. Por eso concluye el Catecismo que “la contemplación es una comunión de amor portadora de vida para la multitud” (n. 2719).

Cuando se practica la *Lectio Divina* en grupo, es recomendable favorecer la experiencia de la contemplación a través del necesario silencio de todos. Quizá ayude acompañarlo únicamente con un fondo de música instrumental, siempre que no sea una distracción para algunos.

También este momento se enriquece significativamente si se practica la *Lectio Divina* dentro del templo o capilla y se aprovecha para hacer una exposición del Santísimo Sacramento. Serenamente puede intercalarse el silencio invitando a los participantes a pronunciar una palabra o breve frase de adoración al Señor que condense la experiencia que se está viviendo. Ante esta presencia Suya también se pueden presentar los propósitos y finalmente agradecerle por todas las bendiciones recibidas.

Cada uno de los sentidos desde los cuales puede comprenderse la contemplación representa una buena noticia para nuestra vida. ¡Qué gozo tomar conciencia de que somos templo de Dios! ¡Cuánta esperanza saber que nuestra visión de la realidad puede desarrollarse en profundidad! ¡Qué desafío fascinante saber que tenemos la sabiduría al alcance de la mano! La *Lectio Divina* que alcanza su culmen en la contemplación despierta nuestra persona a la capacidad de percibir y vivir desde su propia riqueza interior, en donde se esconde Dios a la espera de nuestro descubrimiento. Esta experiencia transforma la vida del orante y se manifiesta en acciones cargadas de sentido y sabiduría.

VI

Mantenerse en camino

El famoso “*Codex Calixtinus*” o Código del Papa Calixto reporta en uno de sus cánticos finales un verso antiguo que los peregrinos del Camino de Santiago suelen repetirse para darse ánimo en su recorrido: “*Ultreia, suseia, Deus adiuva nos*”, que significa: “*Hacia adelante, más arriba, Dios, ayúdanos*”. El saludo de *Ultreia* et *suseia* ha permanecido como una frase para dar ánimo al que lucha por conquistar una meta, y habla mucho sobre el sentido de la vida. ¿Qué es una vida que se detiene? ¿Una existencia que se queda hundida en sí misma y no se supera?

Así también la lectura orante de las Escrituras nos pone frente al desafío de ir siempre más allá: De la lectura a la meditación, de la meditación a la contemplación y de la contemplación a la acción y el compartir. Detengámonos ahora a conocer estos dos pasos en los cuales se mantendrá nuestro camino hacia Dios.

Acción (*Actio*)

Pregunta clave: ¿Cómo la vivo?

“Una vez que había alcanzado la ciudad de Santiago, cuando caí rendido ante su Catedral, contemplé la solidez y la belleza de esa obra. Luego abracé la imagen del Apóstol junto a sus restos en la cripta. Esa experiencia me habló de la fortaleza que debía tener ahora mi vida. Entendí que debía

volver a mis ocupaciones de antes, pero no al pasado de una vida sin Dios. Aprendía a vivir de una manera tan distinta”.

La gracia de la contemplación nos dispone para retomar la marcha en el camino de nuestra vida. El mismo Jesús nos ha dicho que *“no se puede ocultar una ciudad situada en la cima de una montaña. Y no se enciende una lámpara para meterla debajo de un cajón, sino que se la pone sobre el candelero para que ilumine a todos los que están en la casa. Así debe brillar ante los ojos de los hombres la luz que hay en ustedes, a fin de que ellos vean sus buenas obras y glorifiquen al Padre que está en el cielo”* (Mt 5, 14ss).

La luz que Cristo ha encendido en nuestras vidas a través del ascenso de la *Lectio Divina* debe brillar ante los demás. Así nos mantenemos en marcha a través del camino emprendido. Pero en vez de pensar que descendemos, continuamos avanzando sobre la cima de ese monte que hemos conquistado. Desde la altura alcanzada podemos seguir adelante manteniendo nuestra mirada de absoluto y comprensión profunda de la realidad. Nos volvemos así esa “ciudad edificada a lo alto de un monte” de la que habla Jesús: signo vivo, presencia y fortaleza. También lo expresa bien el salmo 83 Cuando dice que los buscadores de Dios “caminan de altura en altura hasta contemplar su rostro en la ciudad santa”.

Este mantenernos en la altura sólo lo logramos si lo comprendido y contemplado en los primeros cuatro pasos de la *Lectio* los traducimos en vida a través de un compromiso y una actuación coherente. La *Lectio Divina* no se interrumpe al volver a nuestras ocupaciones habituales. Más bien debemos mantener la mirada contemplativa en nuestra vida concreta. Momento a momento podemos seguir sometiendo al juicio de la Palabra la manera en que pensamos y actuamos. Continuamos así en esa experiencia de encarnar el Verbo eterno, dejando que él informe nuestros criterios, nuestra respuesta ante las diversas situaciones y el encuentro con cada prójimo. La apropiación de la Palabra de Cristo que hacemos en la meditación nos dispone para actualizar la experiencia de sus primeros testigos, los Apóstoles, hasta poder decir con el Evangelista:

“Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y lo que hemos tocado con nuestras manos acerca de la Palabra de

Vida, es lo que les anunciamos. Porque la Vida se hizo visible, y nosotros la vimos y somos testigos, y les anunciamos la Vida eterna, que existía junto al Padre y que se nos ha manifestado” (1Jn 1, 1ss).

En nuestro pensar y nuestro obrar ya no nos guiaremos por criterios meramente humanos. La experiencia reveladora que hemos vivido desde la contemplación de la Palabra nos gana una nueva manera de vivir, que se identifica con los mismos criterios de Cristo. Así lo explica el recordado Cardenal Van Thuan en un pensamiento que vale la pena detallar:

“La Palabra de Dios, al entrar en nosotros, denuncia el pensar y el obrar humano, y nos introduce en el nuevo estilo de vida inaugurado por Cristo. Quien vive el evangelio puede llegar con san Pablo a tener la mente de Cristo (2Co 2, 16), adquiere la capacidad de leer los signos de los tiempos con la misma mirada de Cristo y así incide con creatividad en la historia; experimenta la verdadera libertad, la alegría, el arrojo de la coherencia evangélica; encuentra una confianza nueva en el Padre, una relación de auténtica y sincera filiación y, a la vez, una actitud concreta y efectiva de servicio hacia todos”. (8)

En nuestro mundo estamos continuamente expuestos a las contradicciones y el sinsentido. El actuar de los hombres muchas veces cae en el desencuentro, la incomprensión y la violencia; los esfuerzos, en la desesperanza. Por eso la posibilidad de vivir desde la Palabra eterna se convierte en camino de realización y de trascendencia. No estamos condenados al absurdo. No tenemos que tentar en la tiniebla para saber cómo vivir. La Palabra de Dios se nos presenta como la luz de nuestros pasos, la fuerza que nos mantiene en camino, la presencia que nos alienta. Porque *“lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi camino”* (Sal 118, 115). Cuando avanzamos *“por cañadas oscuras”* (Sal 23), una lámpara pareciera poco para no sucumbir ante las tinieblas, pero nos permite caminar. Es lo que descubrimos cuando ponemos en práctica lo que hemos comprendido y contemplado en nuestra *Lectio Divina*.

Al llegar al momento de la acción nos será de gran ayuda recordar aquella **frase resumen** que nos habíamos formulado al meditar el texto bíblico. La podremos recordar en diversos momentos de la jornada, quizá

escribiéndola y colocándola en algún lugar visible. Ella nos puede servir como propósito de vida durante el día, manteniéndola como un desafío a alcanzar en cada uno de sus momentos. Al final de la jornada podemos retomarla en nuestro examen de conciencia para darnos cuenta si la hemos puesto en práctica y cómo nos ha ayudado a crecer espiritualmente. De esta manera nuestra Lectio no se quedará circunscrita a un momento aislado de la jornada, sino que nos acompañará a lo largo de la misma como fuerza e inspiración. Si día a día nos vamos “entrenando” en este desafío espiritual, iremos venciendo esa terrible falta de coherencia entre fe y vida que muchas veces nos amenaza. Así lo han experimentado Chiara Lubich y sus primeros compañeros del movimiento de los Focolares, quienes desde los inicios de su aventura espiritual han acostumbrado tomar una frase del Evangelio para ponerla en práctica durante un tiempo determinado, manteniendo de ese modo una continua re-evangelización de sus propias vidas y la de los demás:

“Todo nuestro esfuerzo consistía en vivir el evangelio.

La Palabra de Dios entraba tan profundamente en nosotros que cambiaba nuestra mentalidad. Lo mismo sucedía con los que se ponían en contacto con nosotros.

Esta nueva mentalidad que se iba formando, se manifestaba como un verdadero cuestionamiento divino del modo de pensar, de querer y de actuar del mundo.

Además, provocaba en nosotros una reevangelización.

No nos conformábamos con vivir la Palabra cuando se nos presentaba la oportunidad, sino que nos alimentábamos de ella todos los instantes de nuestra vida. Es decir, así como el cuerpo respira para vivir, también el alma, para vivir, vivía la Palabra” . (9)

Es un desafío para actualizar en cada momento de la historia: Por tanto, también un reto para nosotros hoy.

Compartir (*Collatio*)

Me cuenta mi amigo Jose que una de las experiencias más enriquecedoras cuando ha hecho el Camino de Santiago ha sido la de entablar relaciones de ayuda y crecimiento con los demás peregrinos que marchaban a su lado: *“Al conocer vivencia la de otros peregrinos de Santiago he entendido que se trata de una experiencia que comparten todos los caminantes”*. Esto me parece nuevamente un signo profundo de la vida cristiana: Mientras vamos de camino nos necesitamos unos a otros. “Nos hacemos falta” para que nuestro recorrido sea más llevadero, más lleno de sorpresas, más lúcido y más lleno de sentido. ¡Tenemos tanto para compartir! La luz que Dios ha encendido en nuestras vidas debe iluminar también el camino de los que avanzan junto a nosotros... *“Así debe brillar ante los ojos de los hombres la luz que hay en ustedes, a fin de que ellos vean sus buenas obras y glorifiquen al Padre que está en el cielo”* (Mt 5, 14).

Uno de los grandes aciertos espirituales de nuestro tiempo es la creciente toma de conciencia de la dimensión fraterna de la vida cristiana. Nos necesitamos los unos a los otros. Nuestro camino hacia Dios pasa necesariamente por el hermano. Al abrir el tercer milenio Juan Pablo II nos invitaba a reconocer la luz de Dios *“también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado (...) Sentirlo, por tanto, como «uno que me pertenece», para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad”* (Exhortac. Novo Millenio ineunte, 43). Porque para llegar a ser esa “ciudad edificada sobre un monte” de la que habla Jesús, necesitamos el apoyo de aquellos que él nos ofrece como prójimo: *“El hermano ayudado por su hermano será como una ciudad fuerte”* (Prov 18, 19).

Si el paso de la Actio nos ha hecho entender que nuestra relación con la Palabra de Dios no puede ser quietismo ni evasión momentánea de los compromisos, el paso de la Collatio, que significa “compartir entre hermanos”, nos hace entender que tampoco podemos alcanzar la meta de

nuestro recorrido si caminamos solos. Dios nos ofrece a los hermanos como la gran ayuda para avanzar hacia Él. Así nos lo ha recordado recientemente el Papa Benedicto:

“Hoy Dios nos sigue pidiendo que seamos «guardianes» de nuestros hermanos (cf. Gn 4,9), que entablemos relaciones caracterizadas por el cuidado recíproco, por la atención al bien del otro y a todo su bien. El gran mandamiento del amor al prójimo exige y urge a tomar conciencia de que tenemos una responsabilidad respecto a quien, como yo, es criatura e hijo de Dios: el hecho de ser hermanos en humanidad y, en muchos casos, también en la fe, debe llevarnos a ver en el otro a un verdadero alter ego, a quien el Señor ama infinitamente” (10).

La Palabra de Dios amada, contemplada y vivida nos abre al encuentro con los demás. Y esto es una necesidad muy sentida por nuestro mundo. De hecho, hoy podemos ver cómo a pesar de las desigualdades y las rivalidades, de las divisiones y las guerras, el mundo tiende hacia la fraternidad. Así lo demuestra el actual estado de interconexión entre pueblos y culturas, donde los acontecimientos de un punto de la tierra influyen y son sentidos en tantos lugares. Lo evidencia también la progresiva toma de conciencia sobre las necesidades comunes y lo imperioso de responder a ellas tomando en cuenta a los demás. Si en otro tiempo el paradigma a seguir era aquel héroe que se enfrentaba solo contra el mundo, en nuestro momento actual tiende a valorarse más al que sabe incluir y poner a valer lo mejor de los demás, el que sabe “trabajar en equipo”.

Ante todo esto, la semilla del Evangelio encuentra un campo abierto para germinar ¡Qué buena noticia saber que el otro no es un obstáculo para llegar a Dios, sino más bien una oportunidad! A nosotros, continuamente expuestos al aislamiento y al egoísmo, nos hace falta redescubrir la dimensión fraterna de nuestra existencia. Vamos a Dios a través del hermano. Llegamos a Dios como Cuerpo Místico, como comunidad de fe. Descubrimos que las gracias recibidas durante nuestra *Lectio Divina* son también estímulo para otros buscadores de Dios, así como la experiencia que otros viven ilumina aún más nuestro caminar hacia Él. De hecho, hay en el Evangelio muchas

enseñanzas de Jesús que sólo las podemos realizar si las vivimos de la mano con los hermanos. Si nos quedáramos aislados en nosotros mismos ¿cómo haríamos para vivir el amor al prójimo como a uno mismo (Mt 22, 39 y par), el perdonar hasta setenta veces siete (Mt 18, 22), lavarnos los pies unos a otros (Jn 13, 14)? ¿Cómo haría Jesús para decirnos: “Cada vez que lo hicisteis con uno de mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis” (Mt 25, 40)? Vemos que hay frases imprescindibles de la Palabra de Dios que sólo podemos vivirlas “en equipo”, en compañía de los hermanos que avanzan con nosotros hacia Dios.

¿Cómo compartir entonces lo que Dios nos ha dado en la *Lectio Divina*? ¿Cómo hacerlo riqueza común para aquellos que avanzan con nosotros hacia Él?

Aquí se nos proponen varios medios concretos. El primero de ellos va de persona a persona, y encuentra su lugar en nuestro diálogo con los demás. ¡Cuántas palabras inútiles sobrecargan nuestra vida y nos dejan 11.7

Estas dos primeras estrategias nos ofrecen ocasiones de profunda intimidad con otros hermanos, las cuales son insustituibles para que nuestro testimonio sea coherente y fructífero. Pero hoy en día se nos presentan también otras oportunidades para compartir nuestra oración a un nivel más “masivo”. Las redes sociales y los blogs de la internet son una excelente oportunidad para compartir lo que hemos vivido en nuestra lectura orante. En vez de publicar tantos comentarios superfluos podemos llenar nuestro historial con el testimonio de la Palabra hecha vida en nosotros. Estamos llamados a compartir, participar, hacer sentir nuestra voz cargada de la fuerza de la Palabra Divina. Como el buen apóstol, no podemos callar, pues urge en nosotros una convicción: “Ay de mí si no anuncio el Evangelio” (1Co 9, 16).

VII

Sigue el camino

El Camino de Santiago tiene su punto final al llegar a la tumba del Apóstol. Pero ¿cuándo terminamos de leer la Biblia?

“Cuando llegué a Santiago pensé que mi Camino había culminado –recuerda otro peregrino- Pero al volver a mi vida cotidiana me di cuenta de que experimentaba todo de una manera distinta. Había tomado conciencia de la coherencia con la que tenía que recorrer el camino de mi propia vida. Tenía por delante una senda infinita que apenas empezaba a recorrer”.

Así pasa con una lectura fructífera de la Biblia. Su riqueza nunca se agota; las posibilidades que ella nos ofrece son ilimitadas. A diferencia de cuando leemos cualquier libro sólo por estar informados o pasar un buen rato, con la Biblia podemos volver una y otra vez a un mismo texto y encontrar siempre nuevas profundizaciones. Nos acercamos a sus textos desde distintas perspectivas, recibimos nuevas inspiraciones y desafíos. Cada vez que ponemos en práctica la Palabra que hemos orado se nos abren nuevas experiencias y oportunidades.

Ahora que has concluido la lectura de esta breve iniciación a la *Lectio Divina* tu camino apenas comienza. Se abre delante de ti un itinerario infinito. No alcanzarás nunca una culminación, y allí está justamente su sorpresa y su fascinación. ¿Cuándo dejamos de amar? ¿Cuándo dejamos de creer? Tampoco la Biblia dejará de llamarnos día a día a retomar la marcha, recomenzar su camino que asciende hasta Dios.

Ese ejemplar de las Sagradas Escrituras con el que te encuentras lo descubres ahora para ti. Él responde a tu necesidad de Dios, tu anhelo de alcanzar altas cimas. ¡Buen camino, peregrino!

Algunos textos para comenzar a practicar la *Lectio Divina*

Te presentamos este sencillo itinerario de lecturas para iniciarte en la práctica de la *Lectio Divina*. Puedes hacerlo si es de tu agrado, aunque siempre con la libertad de ir trazando y recorriendo tu propio camino de encuentro con Dios.

- Prólogo del evangelio de Juan: “En el principio era el Verbo”.
- Lucas 5, 1ss: La vocación de los primeros discípulos
- Capítulo 5, 6 y 7 de Mateo: El Sermón de la Montaña (¡Imprescindible!)
- Juan 3, 1ss: “Nacer de nuevo”... Diálogo de Jesús con Nicodemo.
- Mateo 11, 2ss5: Acción de gracias de Jesús
- Juan 4, 1ss: “El agua viva”. Encuentro de Jesús con la samaritana
- Mateo 12, 9ss: La misión de Jesús.
- Mateo 13, 1ss: Las parábolas del reino de Dios (puedes hacerla en varias partes).
- Juan 6, 1-15 y 6, 26-59: “El pan de vida”.
- Lucas 10, 25ss: El amor al prójimo.
- Mateo 17, 1ss: La transfiguración de Jesús.
- Juan 15, 1ss: Permanecer unidos a Jesús.
- Lucas 12, 22ss: Abandono en la Providencia de Dios.
- Lucas 15, 1ss: Las parábolas del amor misericordioso de Dios (puedes hacerla en varias partes).
- Lucas 24 1ss: La Resurrección de Jesús y su aparición a los discípulos de Emaús (Mejor hacerla en dos partes).
- Juan 21, 1ss: Otra aparición de Jesús resucitado.
- Mateo 25, 14ss: Prepararnos para el final

Algunas oraciones para invocar al Espíritu Santo
antes de la *Lectio Divina*

Veni Creator Spiritus

Ven Espíritu creador;
visita las almas de tus fieles.
Llena de la divina gracia los corazones
que Tú has creado por amor.
Tú eres nuestro consuelo,
don de Dios altísimo,
fuente viva, fuego, caridad
y espiritual unción.
Tú derramas sobre nosotros los siete
dones;
Tú el dedo de la mano de Dios,
Tú el prometido del Padre,
pones en nuestros labios los tesoros de tu
palabra.
Enciende con tu luz nuestros sentidos,
infunde tu amor en nuestros corazones
y con tu perpetuo auxilio,
fortalece nuestra frágil carne.
Aleja de nosotros al enemigo,
danos pronto tu paz.
Siendo Tú mismo nuestro guía
evitaremos todo lo que es nocivo.
Por Ti conozcamos al Padre
y también al Hijo y que en Ti,
que eres el Espíritu de ambos,
creamos en todo tiempo.
Gloria a Dios Padre
y al Hijo que resucitó de entre los
muertos,
y al Espíritu Consolador, por los siglos
de los siglos.
Amén.

Ven, Espíritu Divino

(Secuencia de la misa de Pentecostés)

Ven, Espíritu divino,
manda tu luz desde el cielo,
Padre amoroso del pobre;
don, en tus dones espléndido;
luz que penetra las almas;
fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma,
divina luz, y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre,
si tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado,
cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas, infunde
calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones,
según la fe de tus siervos;
por tu bondad y gracia,
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno. Amén.

Textos citados

1. Chiara Lubich: Vivir la Palabra. Ciudad Nueva. Madrid, 2008. P. 15.
 2. Chiara Lubich: *Ibidem*, p. 54.
 3. Carta del 9 de mayo de 1897
 4. De arca Noe, 2, 8: PL 176 C-D.
5. Angelus Silesius: El peregrino querúbico, II.
 6. Chiara Lubich. *Ibidem*, p. 12.
7. Ver: San Agustín: Confesiones, VII 10, 16.
8. Cardenal F. X. Nguyen van Thuan: Testigos de esperanza. Ciudad Nueva. Buenos Aires, p. 77.
 9. Chiara Lubich: *Ibidem*, p. 31.
10. Mensaje para la Cuaresma del año 2012.

Esta edición de “Luz en mi Camino. Introducción a la lectura orante de la Biblia”, del padre Christian Díaz Yepes, se terminó de imprimir en el mes de marzo de 2012 en los talleres de Impresos Publigráfica66, Caracas.